

## Una simbiosis Daliniana

Casi con un concepto daliniano, abrimos nuestra crónica de José Figueras, paisano del gran Salvador Dalí—grande de cara a sus obras, extravagante y artificioso en su escenario social, ajeno a su raíz pictórica—el cual presenta al novel expositor con unas líneas que después comentaremos.

El diccionario en su definición de simbiosis nos dice textualmente: «asociación de organismos de diferentes especies que se favorecen mutuamente en su desarrollo.» Si sustituimos «organismos» por «pintores» «especies» por «diversidad de espíritu» y lo de «se favorecen mutuamente en su desarrollo» por el concepto «de que siempre es natural y lógico que alguno goce en un momento determinado de la primacía», tendremos que el término simbiosis nos sirve a las mil maravillas para nominar el hecho, el conglomerado biesteticista que forman en este caso Dalí y Figueras.

La personalidad de Figueras no la concebimos sin el genio de Dalí. Dalí en este caso, tiene la primacía. Figueras se apoya y vive en un surrealismo enfermo de estampa decimonónica, consecuencia de un barroco cansado y de un exultismo gratuito. Symbiosis de creación, symbiosis de estética y si se apura, symbiosis de ética. Figueras y Dalí en su vida privada deben convergir en sus puntos de apoyo, sin la menor duda.

Galerías Layetana acoge esta comunión de estéticas Dalí-Figueras, esta symbiosis artística—valga la repetición—, con primacía del primero sobre el segundo. Dalí, sintetizando, es el genio, Figueras una voluntad pictórica que ha forjado la tremenda y espectacular—nunca mejor empleados los adjetivos—fantasía del colosalista del surrealismo clásico, de raíz inmarcesible.

Treinta y siete son las obras que presenta Figueras. La parte física de las mismas es por lo general de tono menor, un tono menor que a no dudarlo impera de una forma constante en su estilo. Todo lo que de surreal tiene su obra bebe en Dalí, incluso hay unas variaciones de la famosa «Madona de Port Lligat» cuyo simbolismo no deja de recordarnos el gran cuadro daliniano, el de las líneas perfectas y serenas y de la paz telúrica.

Esta exposición se nos antoja una piqueta más de Dalí—siempre al margen de su obra regia—veleidoso, ha querido crearse un hijo espiritual, al que ha soplado su estética y su profundo concepto del mundo de lo surreal. Figueras por tanto, no deja de ser un hijo del coloso, una sobra interesante de su paisano, pero sombra al fin con Cadaqués al fondo.

Figueras, vaya esto en su favor trata la materia en forma delicada; desnudos y

carnaciones, algunas ya se digregan físicamente en la misma tela, forman un todo homogéneo para una obra menor. El paisaje árido de Cadaqués reseca lo figurativo. Y la eclosión del sueño y el delirio, eje surreal del espíritu, aparece como una necesidad inmanente en las almas forjadas por el martillo de aquel ambiente. Figueras es una de éstas; el espejismo bravo de un mar se hace realidad en unas telas nacidas de una voluntad profundamente impregnada del fuego exaltado de la naturaleza. Disgregación y as-cua.

Antes hemos apuntado que comentaríamos las palabras proemio escrito por Dalí para la exposición de su paisano. Dice Dalí: «José Figueras» ofrece un ejemplo auténtico de pintor primitivo corroborando mi atómica idea de que las virtudes de falsos productos estriban en la necesidad de que la geología anule el folklorismo».

Este «primitivismo» que Dalí ve en su colega, a mi entender, queda muy dudoso ya que en las obras de Figueras hay unos desnudos de claro sabor trasnochado, y cuyo origen parte de un barroco caduco e inoperante, que se perdió inmerso en su propio fárrago de líneas y espacios veleidosos y falsos.

En lo que atañe a la «necesidad de que la geología anule al folklorismo» estamos de acuerdo con él y dejamos esta verdad sin comentario.

Habla después del pintor que pasa el verano en la Costa Brava y la interpreta a lo impresionista o post-impresionista, y comenta: «se diría que ninguno ha visto nada» el subrayado es del propio Dalí. Sin comentarios.

Consideramos a Dalí un gran pintor surrealista, sus alardes publicitarios y sus exentricidades son hechos totalmente ajenos a su obra. Su obra y su fama perderán.

Han sido ya varias las veces que la pantalla nos ha ofrecido, en forma más o menos admirable según la época y los recursos utilizables, el mundo espectacular del circo. Este mundo multitudinario, abigarrado, que ha sido en todos los tiempos la delicia de quienes hemos vivido fuera de él, mientras la tragedia o la ilusión, el amor o el desengaño, todo ha ido incubándose en el alma de los seres que integran el mundo del circo.

Cuando el cine ha pretendido cargar de emoción el espectáculo circense ha recorrido a los trapezistas. El film «Los cuatro diablos» queda lejos, pero perdura en el recuerdo. Si la memoria no falla, también perdura en la lejanía otro film alemán, en el que toda la acción discurría en la noche; película llamada «La noche del beneficio de los cuatro diablos». Más acá. «Varieté». «El mayor espectáculo del mundo» y «Tres amores» con su historieta final.

Ahora, «Trapezio»; en donde también se muestra la audacia, el tesón de unos acróbatas sugestionados por la atracción del vértigo y la altura. Este film cuenta a su favor, el haber sido realizado en su totalidad en el propio Cirque d'Hiver, de París. También con una técnica del color no conocida aún en algunos de aquellos films. Dos cosas que infunden una máxima realidad y un máximo atractivo al ambiente tan admirablemente tratado de «Trapezio». Si pasamos al contenido, entonces no podemos dejar de establecer un parangón con las películas que le precedieron, y manifestar que ninguno de los films anteriores fué tratado el tema con la aspereza y procacidad del film que nos ocupa.

Aquella sensualidad incitante y provocadora que se mostraba en cada rincón de la escena, con la réplica de una mítica dureza varonil, y junto a una exhibición de desnudeces que parecía ganarle terreno a la exhibición acrobática, ¿a qué género de cine pertenece? No quepa ninguna duda que al comercial por excelencia. Si tuviéramos que señalar la escena más humana, más emotiva de esta película, diríamos que fué, sin temor a aparecer como unos pueriles, la de aquel pobre caballo que, herido mortalmente cuando ejecutaba su número, tuvo que ser rematado de un tiro, para ahorrarle sufrimientos. Todo es cuestión de gustos.— C. I. II.

Sus exentricidades las irá disolviendo el tiempo con pasos agudos de juez. Galerías Layetana ha presentado esta symbiosis daliniana en una época en que el surrealismo encuentra a faltar la razón post-romántica y pseudofreudiana que le sustentará. No creemos, quizá al igual que Dalí, que haya necesidad de nuevas concepciones surrealistas, con él nos basta. Y él ya es un clásico. Su plenitud es ya mítica, es la del fauno que se rastrega los ojos con las margaritas del bosque.

Luis Bosch. C.